

cipales de la cristiandad, escepto Aragón que varió algo á causa de la política interesada del rey Alfonso, se declararon cada día mas adictos á la obediencia de Roma (a).

(a) La guerra de Nápoles y las vicisitudes que en ella experimentaba el rey Alfonso eran los móviles de su conducta con el Cefe de la Iglesia. Había procurado entrar en negociaciones y tratos con Eugenio IV, ofreciendo que si se confirmase la investidura del reino de Nápoles haría restituir á la Iglesia todas las tierras que le tenían ocupadas, le serviría con trescientas lanzas por seis meses, haría que le fuesen favorables los reyes de Castilla, Portugal y Navarra, le pagaría doscientos mil ducados por el censo del tiempo pasado, y aun añadió que tomaría la empresa de restituir á la Iglesia la Marca de Ancona, de que el conde Francisco Sforza se hallaba apoderado; y sobre todo prometía favorecerle en las grandes contiendas que mediaban entre la asamblea de Basilea y el Papa, dando orden á sus embajadores para que impidiesen la prosecucion del proceso que en aquella asamblea se habia comenzado contra el Pontífice. De estos tratos resultó una tregua entre el Papa y el rey de Aragón. Mas adelante, cuando el conciliábulo de Basilea llevó su audacia hasta el punto de declarar depuesto al Papa Eugenio y de elegir á Amadeo con el nombre de Félix V, el rey Alfonso habia tenido la cautela de hacer se retirasen del concilio sus embajadores antes de la terminacion del titulado proceso, para que no tuviesen parte en la deposicion de Eugenio ni en la elección de Félix, y quedar así como en disposicion de guardar ó aparentar guardar neutralidad entre el Papa Eugenio y Félix, al modo de su abuelo cuando el cisma entre Urbano y Clemente, aunque era muy diferente el caso. Así fué, dice un historiador (La fuente, p. 2, lib. 3) que al principio trató al mismo tiempo con el Papa Eugenio, con la asamblea de Basilea y con el intruso Félix, sin declararse por ninguna de las partes, como si esperase que la Iglesia católica decidiese á quien se habia de obedecer, ó acaso con el fin de adherirse á aquel de quien calculase sacar mejor partido. Desgraciadamente parece que en este caso el monarca aragonés miró menos á sus creencias que á sus intereses, menos á la conveniencia de la unidad religiosa que á su conveniencia política, si fuere cierto que dice el ilustrado Cronista de Aragón (Zurita, Anal. de Aragón, lib. 13, c. 1), que prometió al intruso Félix acompañarle con sus galeras hasta ponerle en su Silla pontifical como á verdadero y universal Pastor de los fieles, con tal que le confirmara la adopción y donación del reino de Nápoles, hecha en él por la reina Juana, ó la otorgara de nuevo para él y sus sucesores. Sin embargo, si tal ofreció el rey Alfonso es muy de presumir que no lo hacia con la intencion de cumplirlo, sino con ánimo de intimidar por este medio al Papa Eugenio y retraerlo de contrariar su empresa y de dar favor á sus enemigos. Lo cual es tanto mas de presumir cuanto que luego de prestar obediencia al intruso Félix, mandó al obispo de Segorbe y de Albarracín recolectase los derechos, frutos y anatas pertenecientes á la cámara apostólica para tenerlas en depósito, observando una estricta neutralidad, hasta que en el año 1443 ajustó la paz con Eugenio IV. (N. del E.)

No tuvo Félix nunca, ó á lo menos no tuvo siempre en la suya, mas que á la Saboya, á los suizos, á la parte de Baviera que obedecía al príncipe Alberto de Munich, á la ciudad de Basilea, á la de Strasburgo, á algunas de Sajonia y á muchas universidades. Tales fueron las de Paris, Colonia, Erfort y Cracovia, cuyos doctores componían entonces casi solos todo el conciliábulo (1).

La Grecia, que acababa de reunirse con los latinos, se mostró muy indiferente en cuanto á estas dos obediencias, ó por mejor decir, se declaró con mas fuerza que nunca contra el cuerpo y contra los miembros todos de la Iglesia de Occidente. Apenas los orientales que habian firmado la union en Florencia regresaron á Constantinopla (que fué el primer día de febrero del año 1440), se levantó contra ellos una sublevacion general del clero, del pueblo y en particular de los monjes. Dábanles los nombres injuriosos de azimitas, de apóstatas, de traidores á la Religion y á la patria, y de viles esclavos de los bárbaros llamados romanos. Rehusaron admitirlos á los ejercicios publicos de la Religion; y habiendo querido el emperador, el cual se manifestó al principio muy celoso, que asistiesen á ellos, salieron con precipitacion todos sus compatriotas, y los dejaron allí como excomulgados é impios. Triunfaba solo Marcos de Éfeso entre los griegos que habian concurrido á Florencia, y resonaban sus alabanzas en toda Constantinopla, donde gritaban que era el único defensor de la Religion de sus padres y un confesor magnánimo que lo habia despreciado todo por oponerse al torrente de la seducción. Enalzaba él al propio tiempo la fé y la piedad de sus panegiristas, inflamaba su valor siempre que se ofrecia la ocasion, escitaba su odio y su desprecio contra los partida-

(1) Duboul. t. 2, p. 450.

rios de la union y declamaba con insolencia contra el mismo emperador, el cual reconoció ya muy tarde los efectos perniciosos de su ciega indulgencia. Fueron mucho mas rápidos los progresos de la seducción, porque no habia en Constantinopla un patriarca que la reprimiese.

No solo se desalentaron muchos de los que habian asistido al concilio ecuménico, y varios prelados de los mas considerables, como los arzobispos de Trebisonda y de Hieraclea, sino que llegaron al estremo de declamar por escrito y de viva voz contra los decretos que acababan de firmar. No obstante, hubo muchos que acreditaron su perseverancia, é hicieron con tanta energia como destreza la apologia del concilio, cuya fé habian abrazado. De esta clase fueron no solo Besarion que se habia establecido en Italia, sino tambien José, obispo de Methona ó Modon, Gregorio, confesor del emperador, á quien habia dirigido con tanta felicidad, y el célebre Jorge Scolario. Establecieron el dogma con mucha sabiduría, y pusieron de manifiesto la mala fé, las calumnias, las invenciones insensatas y la ignorancia presuntuosa del oráculo de los cismáticos.

José de Methona, en particular, nos da á conocer las ideas erróneas y la necia presuncion del arzobispo de Éfeso, que pensando menos en el dogma que en las armas y escuadras de los latinos, habia marchado á Italia con la orgullosa persuasion de que solo tendria que tratar con una turba de ignorantes, que no habria entre todos ellos ni uno solo que fuese capaz de responderle, y que propuesto el primer argumento se procederia desde luego á tomar las armas para defender la Grecia (1); y lo prueba por el tumulto que Marcos procuró escitar luego que vió sesiones arregladas y por la sorpresa que muchas veces

(1) Conc. t. 13, p. 677.

hubo de obligarle á huir, cuando oyó á una multitud de sabios para quienes no habia cosa que no fuese familiar en la tradicion griega y latina, antigua y moderna. Isidoro de Rusia, llamado así porque era arzobispo de aquellos Estados, aunque natural y monje de Grecia, defendió su fé con peligro de su vida, y á espensas de su libertad, entre sus ovejas feroces y mas encaprichadas con el cisma griego que los griegos mismos. A escepcion de los rusos inmediatos á Polonia, entre los cuales hizo que se admitiesen las decisiones de Florencia, experimentó en todas partes insultos y brutalidades barbaras, hasta el estremo de ser despojado de todos sus bienes y encerrado en una dura prision, de donde por último se escapó como por una especie de milagro, y se refugió cerca del Papa que le hizo cardenal así como á Besarion.

No gozó mucho tiempo Marcos de Éfeso de su triunfo impio, pues se acaloró tanto en una disputa con el sabio dominico Bartolomé de Florencia, enviado al emperador (el cual tuvo la debilidad de poner en disputa lo que se habia ya decidido), que murió al cabo de algunos días (1). Pero habiéndose encendido el fuego por todas partes, no fué ya posible contener sus progresos; y llegaron á tal punto el fanatismo y la audacia, que en la mayor parte de las iglesias se borró de los dipticos el nombre del emperador. Paleólogo, ya fuese por el temor de una rebelion declarada, ya por consideracion á la inquietud que habia causado á Amurates la union de los griegos con los latinos, ya porque la muerte del emperador Alberto, el cual habia emprendido la guerra contra el turco á instancias del Papa Eugenio, no le dejaba esperar ya gran fruto de la reunion, ó mas bien por la incertidumbre que le inspiraron tantos contratiempos capaces de conmovier el valor mas intrépido:

(1) Conc. t. 13, p. 677.

Paleólogo, que hasta entonces habia estado tan bien dispuesto, se sintió ya sin ningun celo, ó á lo menos se amortiguó este tan considerablemente, que las facciones cismáticas apenas encontraron obstáculo alguno en todas sus empresas ulteriores. Esta fué la tercera, pero tambien la última vez que la gracia de la salvacion fué desechada por la obstinacion inflexible de los griegos, trece años antes de la terrible catástrofe que fué un justo castigo de ella.

Sin embargo, se vieron en estos tiempos calamitosos dos producciones admirables, mas ó menos directamente relativas al bien de la Religion. El libro de la *Imitacion de Jesucristo*, que es el mas precioso para la piedad despues de la sagrada Escritura, se publicó la primera vez, segun las noticias que tenemos, en el discurso del año 1441, con el nombre de Tomás de Kempis, canónigo reglar del monte de Santa Inés, cerca de Zwool en Holanda. Esta edicion, y el testimonio de Juan Bruschi, historiador contemporáneo y compañero de Tomás, han hecho que se le atribuya casi generalmente esta obra incomparable. No obstante, por un efecto de los celos de corporacion y del mal entendido espíritu nacional, se le disputó esta gloria con muchos indicios y probabilidades que no podian menos de prevalecer contra un autor mucho mas celoso de imitar la humildad de Jesucristo que de asegurarse el honor de su trabajo. Respetemos los motivos que tuvo para observar esta conducta, y pensemos solamente en conformarnos con unas miras tan santas. Importa mucho leer y releer este libro preciosísimo, y muy poco saber quién fué su autor.

No se han suscitado menos disputas acerca de la invencion de la imprenta, que se refiere á la misma época, y que tanto contribuyó á la propagacion de los conocimientos religiosos y á los progresos de las letras humanas. Se atribuye comun-

mente á Juan Guttemberg, natural de Strasburgo y residente en Maguncia, donde hizo compañía con Juan Faust y Pedro Schoeffer, yerno de Faust (1). La ciudad de Harlem, en Holanda, que pretende honrar con este descubrimiento á un vecino de ella, llamado Lorenzo Janson, y mas comunmente Juan Coster, no presenta mas pruebas que algunos libros sin fecha, impresos ademas al estilo de los chinos, esto es, con láminas ó tablitas de madera en número igual al de las hojas que habian de copiarse: método usado en la China desde el año de 950. Se atribuye tambien la invencion de la imprenta á Juan Mantel, ciudadano de Strasburgo, y se refiere al reinado del emperador Federico III, el cual premió á Mantel haciéndole noble. Sea lo que quiera de estas varias pretensiones, lo cierto es que el libro intitulado *Psalmorum codex*, impreso en 1457 en caracteres sueltos y que es el mas antiguo que se conoce, lo fué en Maguncia, como tambien todos los que se acercan á esta época remota, en casa de Juan Faust y Pedro Schoeffer. Desde allí se esparció en poco tiempo este arte estimable por todos los Estados de la cristiandad, donde las ciencias, que antes eran tan difíciles y tan costosas de adquirir, solo pudieron ya ofrecer dificultades á la estupidez y á la haraganería, por decirlo así. Antes de esta época un ejemplar de las concordancias de la Biblia se vendia en cien escudos de oro, y las obras de Tito Livio costaban ciento y veinte.

Despues que los griegos salieron de Florencia, hubo todavía cinco sesiones, desde el dia 4 de setiembre del año 1439 hasta el 26 de abril de 1442. En la primera pronunció el Papa Eugenio contra las actas y los Padres de Basilea la sentencia terrible que repitió en la sesion tercera, así contra

(1) Trithem. Chr. Hist. ann. 1440.

Amadeo, como contra sus fautores. Habia sabido que estaba ya consumada la obra del cisma, y á fin de proporcionar nuevos defensores á la Silla romana, hizo una promocion de diez y siete cardenales, menos notable por el número que por las cualidades de aquellos á quienes honraba con la púrpura. Los habia de casi todas las naciones, y eran todos estimados por su capacidad, por sus costumbres y por su cuna. Recibieron entonces el capelo Besarion de Nicea, el mas distinguido entre tantos prelados ilustres, é Isidoro de Rusia. Entre los de Occidente, el español Juan de Torquemada, dominicano, maestro del Sacro Palacio, era el mas célebre por sus grandes conocimientos en la teología, en la filosofía, en el derecho canónico y en casi todas las ciencias.

La segunda sesion de Florencia ofreció un espectáculo enteramente nuevo despues de la reunion de los griegos. Ya hemos visto que habian llegado á esta ciudad algunos armenios antes que saliesen de ella los griegos. Noticioso el católico ó patriarca de aquella nacion, de que iba á celebrarse un concilio ecuménico para reunir toda la Iglesia bajo una misma Cabeza y en una misma fé, habia enviado cuatro doctores de los mas hábiles que tenia, con el encargo de representar su persona, de proponer algunas dificultades para ilustrarse acerca de ellas, y de adherirse en su nombre á las decisiones legítimas del concilio (1). Aquellos pueblos lejanos, que habian abrazado los errores de Eutiques, perseveraban en ellos mas bien por hábito y por falta de instruccion, que porque estuviesen obstinados en seguirlos. Buscaban la luz con sinceridad y de buena fé, y la recibieron luego que se les presentó. Pero como su distancia y la situacion en que se hallaban les impedian

(1) Conc. t. 13, p. 1193.

casi de todo punto el trato y la comunicacion con el resto de la cristiandad, se habian introducido entre ellos muchas prácticas abusivas en la administracion de los Sacramentos, además de sus errores y extravíos en las verdades de la fé. Por tanto, se estiende particularmente sobre esta materia el famoso decreto del concilio de Florencia ó del Papa Eugenio á los armenios. Lo mas singular es que asigna por materia al sacramento de la Confirmacion la uncion del santo crisma, y al sacramento del Orden la entrega de los instrumentos ó vasos sagrados, sin espresar de un modo formal y preciso la imposicion de las manos. Sin embargo, no se escluye este requisito en ningun pasaje de él; y á la verdad, si consideramos sin espíritu de escuela y de sistema las circunstancias de los lugares y de las personas, hallaremos que este género de omision no tenia inconveniente para la iglesia de Armenia, sumamente adicta, como todas las orientales, á la imposicion de las manos. No obstante, esta es una de las mayores razones que han movido á algunos teólogos modernos á no mirar como ecuménico el concilio de Florencia despues que se marcharon los griegos. Nosotros no nos mezclaremos en esta nueva controversia, que por razon de su estension y del plan que nos hemos propuesto de desentendernos de todo interés de sistema, es agena de nuestro asunto, por cualquier lado que se considere.

El patriarca y los obispos jacobitas de Egipto, eutiquianos ó monotelitas, como tambien los armenios, habian sido invitados, como todos los orientales, al concilio de Florencia, por cartas y por nuncios del Sumo Pontífice (1). Alberto, sacerdote, del orden de los frailes menores, enviado á los jacobitas, desempeñó perfectamente su co-

(1) Conc. t. 13, p. 1204.